

Villayandre Llamazares, Milka (ed.), *Jacob Cuelbis: El Tesoro chorográfico de las Espannas*, Berlin, Peter Lang, 2021, 2 vols., 1090 págs. ISBN: 9783631841051

El 14 del mes de mayo del año 1599, apenas unos meses después de la sucesión de Felipe III a los reinos de la Monarquía Católica de las Españas (que entonces incluía Portugal), un joven alemán de unos 25 años llamado Diego Cuelbis, posiblemente Jacob Kolbe, natural de la ciudad sajona de Leipzig, inició un viaje por España de norte a sur que le llevaría de Irún a Andalucía. Pasando por las ciudades castellanas de Burgos, Valladolid, Madrid y Toledo, se acercó a Portugal a través de Extremadura hasta llegar a Lisboa, y luego se dirigió a Sevilla. Tras una estancia de un poco más de un mes en esta ciudad, Cuelbis salió apresuradamente (o, mejor dicho, huyó) hacia Cádiz y luego a Granada, y desde allí volvió a Francia por la ruta mediterránea, de Cartagena hasta Perpiñán, pasando bastante de prisa por Murcia, Alicante, Valencia, Vilareal, Tortosa, Tarragona, Barcelona y Figueres. Finalmente, cruzó la raya entre España y Francia para llegar a Leucata en enero de 1600. No viajaba solo, sino que iba acompañado de un amigo, Joel Koris, y un criado asturiano.

No sabemos por qué razón Cuelbis viajó por España, pues no tenemos constancia de ninguna motivación concreta, ni económica (¿era un mercader?), ni diplomática, ni aún menos religiosa – que fuese un peregrino se puede descartar. Aunque en algún momento los viajeros alemanes se justificaron ante un alcalde diciendo que eran parientes de los criados alemanes de la reina Margarita de Austria, y que iban a Salamanca a completar estudios, nunca se dirigieron a la ciudad universitaria. No obstante, esta (sin duda prudente) disimulación, Cuelbis escribió una especie de diario de su viaje, donde anotaba algunas observaciones sobre los lugares por donde pasaba, y lo hizo en castellano a pesar de no dominar el idioma perfectamente, con lo cual se plantea la hipótesis de que el diario fuese, al menos en parte, un ejercicio de aprendizaje lingüístico. En todo caso, el texto abunda en informaciones de tipo práctico, bastante concisas, como distancias entre lugares, condiciones y precios del hospedaje, apuntes sobre el paisaje, o breves listas de productos locales. Otras observaciones, mucho más extensas, pero casi todas de segunda mano, son de carácter erudito y anticuario, y generalmente siguen el modelo humanista de las *laudes* de ciudades de Europa. En cambio, Cuelbis dice poco de sus actividades personales, excepto cuando se trata de dar fe de observaciones concretas, como el tamaño del perímetro del palacio de San Lorenzo del Escorial, cuyos pasos quiso medir personalmente (292 un lado) e incluso contar las ventanas. También muestra un gran interés por las casas de putas, que eran legales, y entre las cuales destaca la de Valencia por su tamaño y por ser las mujeres tan lindas, hermosas y bien criadas, nos dice, que parecen hijas de grandes señores (aunque Cuelbis también expresa su lástima en verlas puestas en tal oficio). Sin embargo, el joven alemán apenas ofrece observaciones de carácter político o etnográfico. Tampoco parece haber conversado con mucha gente, aunque sí que describe la entrada real de Margarita de Austria en Madrid el 23 de

octubre de 1599. Sus opiniones subjetivas son también bastante ocasionales, las más recurrentes, alabanzas de la amabilidad y hermosura de las mujeres españolas, y por el lado negativo, quejas contra los aduaneros y los soldados. Lógicamente valora sobre todo el trato dispensado a los viajeros extranjeros. En todo caso, el suyo no es un espíritu filosóficamente expansivo comparable al de Montaigne durante su viaje a Italia.

Si Cuelbis era un espía, no es en este diario donde anotó la información que buscaba. Si era un viajero curioso y bien formado (pues sabía latín) con intereses de carácter histórico y anticuario, sorprende que su amplia erudición humanista consiste en copiar información de otros libros, a menudo literalmente, especialmente del *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* de Pedro de Medina, aunque no en su versión original de 1545, sino en la edición ampliada del cosmógrafo y matemático Diego Pérez de Mesa, publicada en Alcalá en 1590. Cuelbis utilizó esta obra erudita de manera sistemática (aunque selectivamente) para describir los lugares de España por donde pasaba, y también muchos de aquellos a los que nunca fue. De manera complementaria, también recurrió a otras fuentes históricas y geográficas sobre España de carácter humanista, en latín, castellano o francés, notablemente las obras de Ambrosio de Morales, Pedro Mexía, Lluís Pons d'Icart, Pere Antoni Beuter (directamente o quizás mediante la crónica de Gaspar Escolano), el francés Turquet de Mayerne, o el jesuita flamenco Andreas Schott. Sin embargo, insistimos en que la obra de Pedro Medina actualizada por Pérez de Mesa, que seguramente se podía adquirir en España en 1599, fue su principal recurso bibliográfico. Según el minucioso análisis de las fuentes por parte de María Isabel Viforcós Marinas que introduce esta edición de la obra, la utilización de estas fuentes complementaria permite fechar una redacción final de la *Corografía* entre 1600 y 1610, es decir durante la década posterior al viaje.

El *Tesoro Corográfico de las Españas* es por lo tanto un texto híbrido, que el autor escribió en parte como notas de un itinerario de viaje (lo que se podría definir como el esqueleto empírico de la obra), y que probablemente amplió con posterioridad pensando en que podía servir como una guía erudita de las ciudades de la península. Se conserva en un manuscrito de principios del siglo XVII de la British Library que incluye, además, un conjunto de ilustraciones, sobre todo mapas y grabados representando varias de las ciudades y regiones de España, y algunos dibujos y copias de inscripciones que podrían ser del mismo Cuelbis, aunque no necesariamente realizados durante el viaje. Hay señales de que la obra no estaba del todo perfeccionada, pues contiene algunos espacios en blanco con datos a rellenar. Alternativamente, no se puede descartar la intervención de un copista que trabajara a partir de un original perdido, pues algunas notas marginales (por ejemplo, NB, *nota bene*) no parecen ser del mismo Cuelbis.

Si aceptamos que el manuscrito completo, incluyendo las imágenes, es obra del viajero Cuelbis, la selección de grabados y mapas sacados de otros libros, especialmente los mapas de Abraham Ortelius, y las vistas urbanas de la *Raccolta di le più illustri et famose città di tutto il mondo* de Francesco Valegio (Venecia, c. 1570s-1590s), que a su vez bebía de las *Civitates Orbis Terrarum* de Georg Braun y Franz Hogenberg (obra fundamental publicada en seis volúmenes entre 1572 y 1617), ofrece una clave adicional para entender la evolución del *Tesoro Corográfico*. En efecto, parece indicar que tras documentarse con las obras de historiadores y anticuarios eruditos, Cuelbis quiso también incorporar imágenes de otras ciudades

de España que pudo encontrar en los atlas del momento, de modo que a menudo las imágenes que ofrece no se corresponden a las ciudades que visitó personalmente. Aunque en el palacio del Alcázar de Madrid pudo admirar las magníficas vistas realizadas por Anton van de Wyngaerde, al preparar el manuscrito tuvo que recurrir a grabados impresos muy inferiores. Parece probable que a medida que ampliaba la información erudita, Cuelbis quizás pensase en producir una obra más completa que incluso mereciese pasar por la imprenta. Sin embargo, debemos reconocer que haberse publicado el resultado hubiera sido muy irregular y en exceso derivativo, en comparación con otros itinerarios de viaje de la época que son a la vez originales y sistemáticos, como el itinerario del reino de Aragón del cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña (o Lavanha) de 1610.

Como hemos ido viendo, el texto de Cuelbis y las circunstancias de su viaje plantean una serie de Interrogantes e incluso algún pequeño misterio. Para empezar, contrastan las estancias bastante largas en Madrid (más de dos meses), Lisboa (un par de semanas largas) y Sevilla (visita de un mes, pero truncada) con la precipitación con que viajaron de Granada al Rosellón, en apenas un mes y medio. No parece casual que pasara varias semanas en Lisboa y Sevilla, pues sus letras de cambio iban dirigidas a mercaderes alemanes de estas dos ciudades. Una segunda clave interpretativa la proporciona el diario cuando relata la visita de un familiar de la Inquisición a su residencia en el barrio de Triana de la ciudad hispalense, bajo sospecha de protestantismo. Que él y sus compañeros pasaran tiempo leyendo y escribiendo al parecer era ya un mal indicio en el clima ideológico del catolicismo inquisitorial, y bastó para que intentaran entrar en su cuarto buscando evidencia incriminatoria. Es precisamente al relatar la huida de Sevilla a Cádiz y luego a Granada que encontramos las mayores incongruencias cronológicas y geográficas, quizás un reflejo del deseo del alemán de ocultar ciertos detalles. Por otra parte, las extensas visitas anteriores de Cuelbis a la capital, donde radicaba la corte católica (con una notable descripción de las pinturas del Alcázar de Madrid), y posteriormente a las ciudades de Lisboa y Sevilla, puertas de acceso al comercio con las Indias Orientales y Occidentales, sugieren la existencia de una finalidad pragmática que no se manifiesta claramente en el texto, y que va más allá de la curiosidad por las inscripciones latinas y el saber anticuario, temas predominantes en el relato tal como nos ha llegado.

Aunque la obra ya fue identificada y copiada por Pascual Gayangos en el siglo XIX, y a pesar de que ha habido ediciones parciales de secciones del texto, esta es la primera edición completa de la obra. No fue tomada en cuenta, por ejemplo, por José García Mercadal en su amplia y aún indispensable compilación de *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, cuyos primeros tres volúmenes originalmente abarcaban hasta el siglo XVIII (Madrid: Aguilar, 1952-1962). En todo caso, debemos destacar el trabajo minucioso de edición filológica y anotación muy pormenorizada del texto a cargo de las editoras, así como las amplias introducciones que acompañan la edición. La primera, a cargo de María Isabel Viforcós Marinas, ofrece una descripción general de la obra, su autor, y sus fuentes, y es excelente. Permite reflexionar, por ejemplo, sobre la presencia muchas ciudades del norte de España descritas en el manuscrito que Cuelbis, sin embargo, nunca visitó. Un segundo estudio, obra de Laura Llanos Casado y Milka Villayandre Llamazares, está dedicado a un análisis lingüístico, y destaca el contraste del buen castellano de aquellas secciones copiadas de otros libros con las vacilaciones del autor, que por ejemplo en algunas ocasiones parece recurrir a su conocimiento del francés. Un tercer trabajo a cargo de María

Dolores Campos Sánchez-Bordona se ocupa de un estudio de las imágenes del manuscrito. Aunque es un poco repetitivo, permite dilucidar el origen de los grabados y de los mapas, que como hemos visto fueron añadidos al texto posteriormente. Sin embargo, la hipótesis de que la obra fue elaborada en el entorno de la corte imperial de Rodolfo II no nos parece suficientemente argumentada.

Para concluir, esta edición de un texto inédito, perfectamente presentado en dos volúmenes ilustrados, facilita nuestro acceso a una fuente primaria de indudable interés para la historia cultural, y viene a enriquecer con muchos detalles observados por Cuelbis nuestro conocimiento sobre varias localidades de la península en la época del Quijote. Es sobre todo loable el enorme esfuerzo de las editoras Viforcós Marinas y Campos Sánchez para ofrecer una anotación extremadamente minuciosa, cuya extensión a menudo supera el mismo texto, y que permite identificar no solo detalles de lugares, personas y circunstancias históricas, sino también las fuentes de donde pudo haber bebido Cuelbis para transformar sus breves anotaciones de viaje en una guía anticuaria de la España imperial en el año 1599.

Joan-Pau Rubiés  
ICREA & Universitat Pompeu Fabra  
[joan-pau.rubies@upf.edu](mailto:joan-pau.rubies@upf.edu)